



MISA DIDÁCTICA – BOLETÍN 4 LITURGIA DE LA EUCARISTIA, PARTE A DOMINGO, 29 ENERO DE 2023



LITURGIA DEL EURISTA

La Liturgia de la Eucaristía, que comprende la segunda mitad de la Misa, se considera el culto más apropiado y profundo que nosotros los seres humanos podemos ofrecer a Dios. Mucha gente cree que es simplemente un recuento de la Última Cena, pero en realidad es mucho más que eso. La Liturgia de la Eucaristía es, de hecho, un revivir esa noche en la Última Cena, pero también revive la plenitud de la pasión de Cristo, su crucifixión y muerte, e incluso su resurrección de una manera no sangrienta hasta que Cristo vuelva. En la Liturgia de la Eucaristía, especialmente en la Oración Eucarística, participamos en ese único sacrificio de Jesús ofreciéndose a sí mismo en la Cruz y resucitando.



Cuando celebramos la Liturgia de la Eucaristía, no estamos simplemente recordando algunos eventos que tuvieron lugar. Hace unos 2000 años y mostrándoles algún tipo de escenario. Más bien, al participar en la liturgia, la realidad del sufrimiento, la muerte y la resurrección de Cristo se nos hacen presentes en la Eucaristía. Es casi como ser transportado de regreso a la colina del Calvario, presenciando la crucifixión y la resurrección ante nuestros propios ojos, aunque ocultos a nuestra vista mortal bajo signos. Sin embargo, con ojos de fe, contemplamos a Cristo crucificado y a Cristo resucitado cuando nuestros ojos son atraídos a la Sagrada Eucaristía que nos ofrece el sacerdote. Es por eso por lo que la Misa es el evento más solemne y alegre de nuestro día, nuestra semana y de toda nuestra vida. Cada vez que venimos a la Liturgia de la Eucaristía todo el evento del sacrificio redentor de Cristo se hace presente para nosotros.

EL ORIGEN DE LA EUCARISTIA EN LA ULTIMA CENA

La Liturgia de la Eucaristía se compone de cuatro partes, cada parte correspondiente a la acción que Cristo hizo en la Última Cena. Estas cuatro acciones las recordamos en las palabras de la Eucaristía: Cristo tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos. Sabemos que estas cuatro partes importan porque nuestro Señor repitió la misma acción nuevamente el domingo de Pascua cuando se apareció a dos de sus discípulos y comió con ellos en Emaús. Estas cuatro acciones forman la columna vertebral de cómo Cristo institucionalizó la Misa que ahora se celebra en todo el mundo.

TOMÓ: EL OFERTORIO

En el Antiguo Testamento, cuando una persona deseaba ofrecer un sacrificio a Dios en el templo, era responsable de llevar el sacrificio como un cordero al sacerdote en el altar. El sacerdote tomaba el cordero y lo ofrecería como sacrificio en nombre de la persona. En nuestra tradición del Nuevo Testamento, continuamos esta práctica al comienzo de la Liturgia de la Eucaristía durante lo que se llama el Ofertorio, o Preparación de los Dones. El altar está listo, y la gente trae los dones para ser ofrecidos. Esto incluye el pan y el vino que se usarán para nuestro "sacrificio", así como las ofrendas de la gente en forma colecta.

Hay un gran significado por el cual la Iglesia toma la colecta en este momento. Primero, es el unir nuestras ofrendas materiales a las del pan y el vino ofrecidos para la Eucaristía. La gente los reúne para mostrar cómo así como el pan y el vino son creados para ser usados por Dios para nuestro beneficio (convertidos en la Eucaristía para que comamos de ella y tengamos nuestras almas nutridas), así también nuestro dinero es utilizado por la Iglesia para beneficiar al mundo mediante la edificación del reino de Dios. También es significativo porque el dinero traído proviene de nuestro propio bolsillo. Hemos dejado ir voluntariamente ese dinero y se lo hemos entregado a Dios

como señal de que no estamos apegados a ese dinero. Vaciamos nuestras manos de ese dinero para que luego podamos llenarnos las manos con el Pan de Vida. Damos nuestro "pan", y recibimos el Pan Verdadero, el pan que es el cuerpo de Cristo.

BENDIJO: LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

La plegaria eucarística es el punto central de la liturgia de la Eucaristía y de la Misa. Es el momento de la consagración cuando el pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo a través del poder del Espíritu Santo y las acciones del sacerdote. Es el momento en que Dios desciende del cielo a nuestras iglesias y capillas, entronizado dentro sobre el altar. Durante la oración eucarística, nos arrodillamos para participar en esta realidad de nuestra fe. Cristo se hace verdaderamente presente – cuerpo, sangre, alma y divinidad – a través de esta sagrada oración de la Iglesia.

La plegaria eucarística comienza con un prefacio que habla de los misterios de esa celebración de la Misa, y luego cuando nosotros, unidos con los ángeles y los santos en el cielo, aclamamos: "Santo, santo, santo". A partir de ahí, esta hermosa oración forma una oración perfecta de alabanza que requiere su propio análisis en profundidad, que será el tema del inserto de la próxima semana. Basta con decir por ahora que esta oración alcanza su ápice cuando el sacerdote pronuncia las palabras de consagración, cambiando el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Cristo. La oración concluye con todos nosotros cantando el Gran Amén.



PARTIÓ: EL RITO DE FRACCIÓN

El Rito de la Fracción del pan para que podamos participar comienza con el Padre Nuestro, la oración que el mismo Cristo nos enseñó, y que sigue inmediatamente la Plegaria Eucarística. Lo recitamos juntos con una sola voz, ya que somos un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, celebrando la presencia de su cuerpo físico que está en el altar. Esta unidad en Cristo continúa con las oraciones por la paz y la unidad que siguen, así como con el signo de la paz, una acción litúrgica que simboliza nuestra unidad y que no hay división entre nosotros. El Signo de la Paz no pretende ser una excusa para socializar o entablar una conversación, sino que está destinado a ser una acción sagrada, compartiendo la paz de Cristo unos con otros, mientras mantenemos nuestro enfoque en la adoración en la que estamos participando.

Después de compartir el signo de paz, el coro recita el Cordero de Dios, atrayendo nuestra atención de nuevo al altar. Es en este momento, mientras el Cordero de Dios es aclamado tres veces, que el sacerdote parte la Eucaristía. Esta es la "fracción", señal de que el cuerpo de Cristo fue muerto para nuestra salvación, así como una señal de que Cristo es el alimento para muchos, no simplemente para el sacerdote. Al hacer esto el sacerdote, aclamamos con razón: "Ten piedad de nosotros" y "Concédenos la paz".



LO DIO: EL RITO DE COMUNIÓN

La Eucaristía no es un sacrificio para ser realizado y luego descartado. El cordero sacrificado para la cena de la Pascua es también alimento. El sacerdote participa primero, luego comparte la Eucaristía con nosotros, primero aquellos que lo ayudan a dar la comunión, y luego él y sus ministros asistentes nos entregan ese gran don del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Cada pequeña hostia y cada gota del cáliz son el Cordero de Dios, Jesucristo mismo. Puede parecer pan y vino, e incluso saber como pan y vino, pero en fe creemos que no son Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Como tal, cuando nos acercamos a la comunión y el ministro nos presenta el Cuerpo de Cristo, respondemos: "Amén", porque en realidad es lo que creemos.

El Rito de Comunión no termina la Misa. Aun si la recibimos a menudo, es muy apropiado que nos tomemos un tiempo para dar gracias a Dios por este gran regalo. Por eso regresamos a nuestros asientos y pasamos un momento en oración silenciosa para reflexionar sobre el gran regalo de la misma carne y sangre de Cristo. Este período de reflexión es seguido por la "Oración Después de la Comunión", la que pone fin al Rito de la Comunión.